

Populismo mediático e interculturalidad política en México

Amílcar Peñúñuri Soto

Universidad de Sonora, México
amilcar.penunuri@unison.mx
ORCID: 0000-0003-1890-3761

EL PRESENTE TRABAJO INTENTA TRAZAR UNA LÍNEA argumentativa para analizar los diferentes esfuerzos del populismo mediático en su intención de establecer una narrativa con tintes y aspiraciones pedagógicas, de referentes político-culturales, claramente dirigidas a un sector ideológico y emocional de la ciudadanía, así como el proceso de edificación de un lenguaje claramente en oposición y hasta cierto punto confrontacional con otras dimensiones y formas de analizar el imaginario público.

De alguna manera, hablamos de diferentes acercamientos y estilos de apropiación, uso, disfrute, gozo o padecimiento de las claves, símbolos y rituales cultura política nacional, que se alejan de la manera más rápida posible de intentar siquiera, generar formas de entendimiento, diálogo, interacción o simplemente, el desear reconocer desde la perspectiva del otro, disímiles formas de acercamiento, pensar, reflexionar o experimentar la esfera de lo político.

Para seguir avanzando, es importante definir los dos conceptos que aparecen en el título del presente artículo. En primer lugar, entendemos el concepto de populismo mediático como una serie de expresiones, concepciones, valoraciones y formas de establecer una estrategia política-comunicacional en concordancia con una sucesión de formas de concebir lo político con base en una reducción de la complejidad del sistema político mismo, caricaturizando la realidad con la finalidad de conectar; si bien es cierto, con algunas dosis y contenidos informativos legítimos, datos y estadísticas, en ocasiones incuestionables de la situación nacional, también encontramos que sus principales esfuerzos están más encaminados en penetrar en el ámbito de las emociones, la moralidad pública, el enojo, el escarnio,



(comprensible o no) y el apoyo entusiasta a un proyecto político que se puede encontrar cercano o lejano al poder mismo, utilizando una retórica que lo detona todo, de dura confrontación, de choque de orden cultural y de clara diferenciación entre dos mundos que en el discurso aparecen irreconciliables, detonando cualquier posibilidad de dialogicidad.

Cuando nos referimos a interculturalidad política, tendríamos que referirnos al concepto de cultura política, la cual definimos como un conjunto de creencias, concepciones, actitudes, expectativas, valoraciones, emociones, ideas, clichés, estereotipos, símbolos, que van moldeando nuestra visión del mundo político o cualquier referente ligado a sus actores, instituciones, rituales, procesos de construcción de su legitimidad, entre otros. Es así como, si bien no es común ni existe consenso académico sobre el concepto, podríamos definir como el proceso de dialogicidad, de entendimiento, sobre todo en estos tiempos de abierta disputa por la interpretación social del entorno, de otros códigos sobre los cuales procesar la realidad y la experiencia política, así como nuestras concepciones, actitudes, creencias y valoraciones del estado de las cosas, la autoridad, la forma de conducir los destinos de lo público, de ejercer las libertades democráticas y de quienes deben acceder o no al poder político.

De alguna manera se encuentra en debate el concepto cultural de “pueblo” que vuelve por sus fueros en la era del populismo político y mediático, en ocasiones en contrapartida del concepto mismo de ciudadanía o de sociedad civil organizada, este último elemento, germen de fuerte descalificación ante la idea de la innecesaria aparición de posibles mediadores entre el liderazgo populista y el pueblo. Entonces, hablamos de un conflicto no menor, que da fuego y enciende las bases sociales de los grupos antagónicos y en los que a menudo poco se sabe qué factores, ideas o acciones son más inflamables.

En esta hoguera de las vanidades políticas de intereses y pasiones, parafraseando a Hirshmann, el escenario de la batalla intercultural, no se analiza como tal y se le otorgan otras categorías que buscan encontrar formas de legitimidad plena, deslegitimando, claro está, a quien no se encuentre desde el universo mismo del quien cree poseer la verdad, la razón y por lo tanto, las razones para utilizar toda su fuerza discursiva, e incluso violencia simbólica, estructural para marginar, estigmatizar, castigar y reprimir a su contraparte, en un juego en el que, al parecer, quien decide la prevalencia del otro, es la posición dominante en el tablero político-electoral, o quien obtenga de la descalificación misma del adversario como legítimo participante en el juego político, la mejor parte.

Vamos a intentar explicarnos y a establecer los razonamientos que acompañan la presente reflexión de los detonantes de la polarización cultural política, que se ubica, no desde la llegada del actual grupo hegemónico en el poder, sino desde tiempo atrás. Es decir, la extrema conflictividad simbólica y



discursiva política ligada a las diferentes escaramuzas en las que los referentes culturales políticos se encuentran en al parecer irreconciliables, dinamitando cualquier proceso de dialogicidad, se hicieron más que evidentes ante la posibilidad real de la llegada de la izquierda al poder, no necesariamente en 1988, cuando el fenómeno fue muy distinto, con una ruptura desde el régimen y la corriente nacionalista revolucionaria del PRI, con la posterior y tardía adhesión de la izquierda al ofrecer el PMS al movimiento del Frente Democrático Nacional la candidatura de Heberto Castillo, generó otro tipo de movilización y de discurso más o menos homogenizante entre los apoyadores o no del régimen. Tampoco lo vemos necesariamente en 1994, ni mucho menos en la elección del 2000, sino en el año 2006, cuando más allá de la amenaza de cambio sustancial en el orden político tras el sexenio de la “alternancia”, el estilo particular del candidato Andrés Manuel López Obrador fue configurando un escenario más idóneo para establecer alrededor de su figura filias y fobias, pero en esta ocasión no necesariamente entre adherentes del régimen y la oposición, sino distinciones esenciales sobre las visiones del mundo, del estado de las cosas, de la moralidad política, de las razones de la injusticia social, de la desigualdad.

Lo anterior, no en clave semiblebiscitaria, como ocurrió en otros procesos electorales en que había que derrotar al partido de Estado y al desgastado orden pos revolucionario, sino ahora con una connotación más de clase, en que la concepción de élite social y pueblo versus élites va confeccionando un discurso sumamente atractivo para muchos, con simplificaciones extraídas de la cultura popular de “pirruris”, “fifís” vs “pueblo”, similar a un guion emanado de alguna cinta mexicana de los años cuarenta o cincuenta dirigida por Ismael Rodríguez.

Al igual que otros procesos políticos, en otras latitudes, hay episodios de la historia que van detonando y acelerando el tono y la dirección del debate público, sucedió en la Norteamérica de Obama en 2008, con el ascenso de Trump, en la Inglaterra de Johnson, en la Hungría de Orban o en la Rusia de Putin, entre otros ejemplos en que diferentes contextos van dibujando líneas similares de acción, liderazgo y sobre todo, forman parte medular del diseño de la arquitectura de los saberes y nociones sobre la política a través de la subversión de los modelos tradicionales de comunicación política, destronando a los líderes de opinión, a los periodistas y cualquier elemento de intermediación en la interpretación de la realidad entre el gobernante y sus gobernados.

Nos encontramos ante un tren imparable en que la lógica de los nuevos medios, la velocidad de las redes sociales, el predominio de la imagen reemplazando casi en su totalidad a la palabra o la utilización retórica de figuras convertidas en clichés para reforzar imágenes mentales, de espectáculo y vulgar propaganda de la información que conlleva la estética y la dinámica misma de los cada vez más importantes e influyentes espacios y plataformas del populismo mediático



en México, representan una amenaza para la autenticidad y credibilidad de la prensa en general en un país cuya lucha por crear condiciones para lograr su independencia del poder político ha sido larga, costosa, casi siempre cuesta arriba.

Pero no sólo eso, el populismo mediático, fenómeno emergente en México, pese a compartir como afirmábamos líneas atrás, patrones de conducta muy similares a los de otras latitudes, como el modelo estadounidense de estridentismo mediático, tiene características muy especiales, que en el contexto histórico, político y social de su aparición, genera una serie de consecuencias negativas y deformaciones del proceso comunicacional nacional, afectando seriamente la convivencia colectiva, entre otras formas deseables de educación cívica y por supuesto, la generación de espacios de acercamiento entre diferentes culturas políticas, ya que se cae en la mitificación que absolutamente todo lo que mueve o podría mover al imaginario social e individual al manifestar un acuerdo o desacuerdo con el régimen o con el sistema político son intereses, privilegios insospechables, desentendiéndose otras posibles causas derivadas de otras alternativas de pensar lo público.

En el caso del presidente Andrés Manuel López Obrador, su producto comunicacional llamado coloquialmente “La Mañanera” (una conferencia que se reproduce en decenas de espacios de Internet, así como en la televisión pública nacional de lunes a viernes a partir de las 7 de la mañana, sin horario de terminación, pero que en promedio bordea las dos horas cuarenta minutos de duración), ha logrado imponer el ritmo y la agenda de la política nacional con una estrategia similar con la que exitosamente lanzó en 2000, cuando llegó a ser Jefe de Gobierno de la Ciudad de México. No obstante, en pleno auge de las redes sociales y de una serie de comunicadores afines por convicción o por razones de monetización afines al discurso presidencial, su mensaje encuentra en decenas de bocinas de amplificación, otro producto adicional, el análisis y la generación de momentos posteriores de catarsis y de plena identidad política-cultural, edifica verdaderas trincheras mediáticas desde donde se definen las incursiones bélicas discursivas hacia los “no alineados” al discurso oficial, en una especie de “guerra santa laica”, pero que obtiene muchas de su lenguaje de una especie de fundamentalismo político en ascenso, un tanto desconocido para nuestros rituales para entender lo público.

En nuestro trabajo de investigación titulado “El populismo mediático en México, una amenaza para la democracia y la autenticidad del proceso de comunicación política”, investigación desarrollada por un servidor y registrada ante la Academia de Comunicación Política de la Universidad de Sonora, hemos dado un seguimiento de análisis discursivo a los que consideramos principales apoyadores mediáticos del presidente López Obrador en la plataforma YouTube, encontrado varios elementos inquietantes, antes descritos, tras cientos de



horas de seguimiento de espacios como “Campechanenando”, “Sin Censura”, “El Chapucero”, entre otros.

Conclusiones

Es justo que todas las voces tengan un espacio de expresión. Lo que sucede con la nueva especie de neoapologistas del presidencialismo, es que parecen más interesados en monetizar con el indiscutible carisma del ejecutivo, con titulares sensacionalistas, que en ocasiones nada tienen que ver con sus contenidos, creando un círculo vicioso en el que, al reforzar el culto a la personalidad, al subrayar el carácter del primer mandatario como central e indispensable en la larga historia de la transición democrática en nuestro país, desdeñan en los hechos el esfuerzo de toda una colectividad que independientemente que esté o no ahora con las políticas públicas impulsadas por el presidente, desestima, ridiculiza, nulifica, humilla y aplasta cualquier posibilidad de disenso, y por lo tanto, margina vía el escarnio otras formas de interculturalidad política. Mientras, sus audiencias, los aplauden, reproduciendo las mismas conductas en su interacción con otros ciudadanos y los siguen como si estuvieran en auténtico trance emocional, dinamitando, junto con la también energizada acera de enfrente, cualquier iniciativa de educación cívica incluyente.

Sugerencias de lectura para profundizar en el asunto

ENLI, Gunn, *Mediated Authenticity: How the Media Constructs Reality*. Peter Lang International Publishing Inc., 2015.

Ferry, Jean-Marc y Dominique Wolton, *El nuevo espacio público. La comunicación política: construcción de un modelo*. Gedisa, 1995.

MUIRHEAD, R. Roseblum N., *A Lot of People are Saying*. Princeton University Press, 2019.

PECK, Reece, *Fox Populism*. Cambridge University Press, 2018.

SUNSTEIN Cass R., *#Republic. Divided Democracy in the Age of Social Media*. Princeton University Press, 2017.

